



ESTUDIOS BÍBLICOS QUE ILUMINAN

Pentecostés 17

Propio 22 (C)

2 de octubre de 2022

LCR: Lamentaciones 1: 1-6; Salmo 137; 2 Timoteo 1: 1-14; Lucas 17: 5-10

Lamentaciones 1: 1-6

A veces, solo necesitamos expresar nuestro dolor. Lo peor que podemos hacer es ignorarlo, dejarlo de lado porque es demasiado doloroso. En la lectura del Antiguo Testamento de hoy, el autor se enfrenta a la realidad de que Jerusalén, una ciudad que alguna vez estuvo llena de gloria, prosperidad y prominencia, ha caído. Es un momento triste para el autor, un tiempo para enfrentar de frente la implacable realidad del dolor y el sufrimiento. A pesar de todo, Dios está allí. El dolor es un crisol del cual emergerá el pueblo judío; Dios los verá a través de él. Eso es lo interesante de Lamentaciones: es una oración larga, una oración de expresión, un elevar el propio dolor a Dios. Dios puede soportar el dolor, Dios quiere que levantemos nuestro dolor a Dios porque Dios quiere toda nuestra humanidad, no solo las partes limpias y ordenadas.

- ¿Cómo expresa su dolor?
- ¿Cómo lleva su dolor a la oración?

Salmo 137

Este es un salmo que a muy pocos cristianos les gusta. Es brutal y contiene algunas de las imágenes más inquietantes que se encuentran en las Escrituras. “¡Dichoso el que tome tus niños y los estrelle contra la peña!” (Salmo 137: 9, LOC). ¿Quién puede encontrar a Dios en eso? Pero cuando imaginamos los ecos en los que se escribió este salmo, podemos entender al autor.

Jerusalén ha sido arrasada, muchos de sus habitantes asesinados: hombres, mujeres, niños e incluso bebés. El templo de Dios fue saqueado y destruido, y la mayoría de los sobrevivientes fueron llevados cautivos a Babilonia. Este es un duro recuerdo de una despiadada violencia.

Y el autor no oculta los sentimientos creados por este evento. La emoción cruda y expuesta del autor se exhibe a la vista de todos. Las palabras se ofrecen a Dios como una auténtica, aunque inquietante, reflexión no solo sobre el estado emocional y espiritual del autor, sino también sobre el estado emocional y espiritual del pueblo judío.

Esto es algo de lo que tratamos de evitar cuando hablamos con Dios: el ofrecimiento de nuestros pensamientos impuros y contaminados. “¿Hasta qué punto puedo ser honesto?”, nos preguntamos. Algunas veces tratamos de esconder las partes oscuras de nuestra humanidad, pensando que podrían ofender a Dios o alejar a Dios de nosotros. Pero Dios puede soportarlo. Podemos ofrecer esos sentimientos a Dios y dejar que Dios los sostenga, que Dios los tenga para que pueda ayudarnos en esos momentos en que nuestros pensamientos son menos que magnánimos. Solo necesitamos confiar en que el Dios en el que vivimos, nos movemos y existimos (Hechos 17:28) está allí independientemente de nuestro estado emocional o espiritual. Solo necesitamos abrirnos a la abundante gracia generosa de Dios.

- ¿Alguna vez se ha avergonzado de sus pensamientos?
- ¿Trata de ocultar esos pensamientos a Dios?
- ¿Cómo se sentiría si ofreciera abierta y auténticamente toda su humanidad a Dios?

2 Timoteo 1: 1-14

Pablo escribe a Timoteo algo muy interesante. Escribe: “Me acuerdo de la fe sincera que tienes. Primero la tuvieron tu abuela Loida y tu madre Eunice y estoy seguro de que tú también la tienes” (v. 5). ¡Qué importante es transmitir nuestra fe a las generaciones futuras! Deberíamos transmitirla porque nuestra fe debería inspirarnos, entusiasmarnos e informar la esencia misma de quiénes somos y quiénes queremos ser. Y esa es la cuestión: nuestra fe es una fe viva. *Pero* una fe viva necesita ser vivida, explorada, desafiada e internalizada hasta que se convierta en parte de nuestro ADN. Entonces, y solo entonces, puede transmitirse nuestra fe, como un rasgo físico dominante, de una generación a otra. La única forma de difundir la Buena Nueva de Jesús es vivirla y proclamarla, especialmente a las personas más cercanas a nosotros.

- ¿Cómo proclama el evangelio a las personas más cercanas a usted?

Lucas 17: 5-10

La fe nos pide que nos entreguemos plena y completamente a Dios. Al hacerlo, nos veremos obligados a servir a Dios plena y completamente. Servir a Dios implica no solo amar a Dios sino también amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Lucas 10: 25-28). Al amar a Dios, servimos a los demás, dando nuestro tiempo, talento y tesoro para asegurar que se haga realidad la dignidad de cada ser humano.

Hacemos esto no solo porque es lo correcto, sino porque cada humano ha sido creado a imagen de Dios y es conocido por Dios mucho antes de que fuera creado en el útero. No es necesario dar gracias. No es necesaria la atención. Solo hacemos lo que debemos hacer (Lucas 17:10) porque como seguidores de Cristo, no podemos hacer otra cosa. Esto no es fácil a veces: tenemos dudas, frustraciones y ansiedades con las que luchar mientras trabajamos para entregarnos desinteresadamente a Dios y a los demás. Debemos confiar en nuestra fe: la fe de que Dios está allí apoyándonos y reteniéndonos mientras nos entregamos a la obra de construir el reino de Dios aquí en la tierra.

- ¿Cómo sirve a Dios y a los demás?
- ¿Cómo le ayuda su fe en ese servicio?